

Seguridad objetiva y seguridad subjetiva¹

PHILIPPE ROBERT

Director de investigación en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) de Francia y director del Grupo Europeo de Investigación de las Normativas (GERN)

91

En realidad, se percibe más la inseguridad que la seguridad ciudadana o, en todo caso, podríamos decir que ésta sólo se comprende a partir de la ausencia de aquella. De hecho, si comparamos subjetividad y objetividad veremos que no siempre existe una coincidencia entre el riesgo al cual estamos expuestos y el sentimiento de por qué lo experimentamos.

Por inseguridad o *fear of crime* se entiende el miedo que suscita la delincuencia y, por extensión, el campo de investigación que se dedica a su estudio.

En Estados Unidos, la línea de investigación sobre el *fear of crime* tiene sus orígenes en un trabajo realizado por la comisión presidencial de investigación sobre el delito que se creó a mediados de los años sesenta,² y que ha sido retomado, partiendo de cero, para abordar el problema de cómo medir la delincuencia. Las dudas, cada vez más frecuentes, sobre la suficiencia de las estadísticas policiales llevaron a buscar instrumentos de medición ajenas a las instituciones, como por ejemplo, las encuestas de población general. Fue entonces cuando Joseph Bidermann, Philip Ennis y Albert Reis Jr. inventaron la encuesta de victimización.³ No obstante, cuando se interrogó a los miembros de la muestra, no sólo sobre las victimizaciones que podían haber sufrido, sino sobre el miedo que habían experimentado, se descubrió que no acababan de coincidir: las víctimas no parecían tener demasiado miedo; a pesar de todo, las personas que no habían sufrido ninguna agresión, sí tenían. A partir de aquí, el *fear of crime* se fue convirtiendo en objeto de investigación.

En Europa, antes de que esta tradición americana se expandiese, algunos sociólogos británicos ya habían abordado este campo de investigación desde otra perspectiva que habían bautizado con la expresión de «*moral panic*», refiriéndose

1. Le doy las gracias a Bessie Leconte por haber supervisado la confección de esta conferencia.

2. Comisión Presidencial, 1967.

3. En inglés americano: *Victimization studies*; en inglés británico: *Victimisation studies*.

con ella al exceso de reacciones de pánico detectadas frente a los enfrentamientos entre bandas de jóvenes en lugares de veraneo⁴ o frente a posibles agresiones en la calle.⁵ Sociólogos o politólogos de la comunidad local se dedicaban a estudiar los rumores que circulaban —por ejemplo, el del secuestro de unas niñas por unos comerciantes de una ciudad francesa—⁶ o las manifestaciones locales de inseguridad⁷ cuya explicación se buscaba en las condiciones de vida y en las relaciones sociales de las poblaciones menos seguras. La progresiva llegada a Europa de la tradición americana de investigación sobre el *fear of crime* nos llevó a una cierta unificación de estas vías de investigación.

A pesar de todo, sigue habiendo algunos matices que podemos ver reflejados en la terminología utilizada. En América del Norte se utiliza generalmente la expresión *fear of crime*; en el lado europeo, por el contrario, el término *inseguridad* se ha ido consolidando cada vez más, no solamente en las zonas en las que se habla alemán (*Unsicherheit*), francés (*insécurité* o *sentiment d'insécurité*), español (*inseguridad*) o italiano (*insicurezza*), sino también en las que se utiliza el inglés como medio de comunicación.⁸ Estas expresiones no son del todo equivalentes; utilizar una u otra puede expresar, al menos implícitamente, ideas más o menos diferentes.

En cualquier caso, ya estemos hablando de *fear of crime* o de *inseguridad*, ambas expresiones han entrado a formar parte de nuestro vocabulario sociológico desde el momento en que se detectó que el sentimiento de miedo no es la simple representación de un riesgo experimentado o causado por alguna experiencia previa de victimización: la inseguridad o el *fear of crime* se han convertido en objeto de investigación porque se considera que, a menudo, el sentimiento de miedo es excesivo en relación con el riesgo existente, y lo que intentamos es reducirlo o explicar el porqué de este enigma.

No debemos olvidar que se trata de expresiones que pertenecen al debate público utilizadas principalmente por los medios de comunicación y por los políticos. Su coherencia conceptual no está bien consolidada, por lo que la investigación sociológica puede plantear la oportunidad de sustituirlas por objetos de investigación más homogéneos.

Éstas serían pues, las dos grandes corrientes de investigación sobre la inseguridad ciudadana y el miedo a la delincuencia.

1. EXPLICAR EL EXCESO DE MIEDO CON RELACIÓN AL RIESGO

Antes que nada, explicar que el sentimiento de miedo pueda ser superior al riesgo real o al suceso experimentado nos ha llevado a investigar alrededor de tres temas. En primer lugar, podemos buscar la manera de corregir la poderosa sensa-

4. Cohen, 1973.

5. Hall et al., 1981.

6. Morin, 1969.

7. Coing, Meunier, 1980; Dulong, 1983; Lagrange, Roché, 1987-1989; Duprez, Hedli, 1992.

8. *Insecurity* se utiliza cada vez más en lugar de *Unsafety*, excepto quizá en Inglaterra.

ción de miedo a partir de las diferentes situaciones de exposición al riesgo o a partir de los diferentes grados de vulnerabilidad que presentan los individuos. En segundo lugar, cabría preguntarse si el sentimiento de inseguridad no es provocado más bien por el desorden público que por la delincuencia propiamente dicha. Y en tercer lugar, podemos afirmar que la inseguridad no surge sólo de la intensidad de la amenaza criminal a la que estamos expuestos o de la experiencia de victimización que hemos vivido, sino que surge más bien de los medios de comunicación que exageran de forma inducida la delincuencia.

1.1 Exposición diferencial al riesgo

Otra vía de investigación se ha dedicado a buscar la manera de corregir la falta de relación entre la importancia del delito y el miedo que éste puede llegar a suscitar.

En 1979, Balkin llamó la atención sobre la sensación de exposición al riesgo: el jubilado o el ama de casa que manifiestan una gran aprensión al riesgo resultan menos ilógicos de lo que puede parecer; su riesgo de victimización debe estudiarse con relación a una exposición al riesgo mucho menos intensa que, digamos, la del joven que sale cada noche; es, pues, más importante de lo que parece. Stafford y Galle fueron los primeros, en 1984, en adentrarse empíricamente en esta vía de investigación. Dicho esto, la teoría de Balkin sólo puede ser útil en los casos de delincuencia en la calle y no por lo que respecta a los delitos cometidos en el domicilio, los robos con efracción o la violencia doméstica, cuyos efectos frecuentes son conocidos por todos.

Pero hay otras consideraciones que actúan en el mismo sentido. Por ejemplo, los diferentes grados de vulnerabilidad de los individuos: la perspectiva de un empujón es mucho más grave para un anciano que para un chico de veinte años: si hay fractura, el joven se recuperará deprisa, en tanto que el anciano puede quedar inválido para siempre. En esta misma línea tenemos lo que Ferraro (1995) denomina *shadow effect* refiriéndose al miedo a ser violadas que sufren algunas mujeres que tras cualquier situación de peligro, entreven el riesgo a ser agredidas sexualmente, siendo el temor que sienten mucho mayor.

1.2 La responsabilidad del desorden público

La discordancia existente entre el riesgo y el sentimiento de miedo que provoca ha abierto una segunda vía de investigación que, inspirándose en un artículo de Wilson y Kelling (1982) sobre los cristales rotos, atribuye el sentimiento de inseguridad a la falta de civismo más que a la delincuencia en sí. Cuando en un barrio dejamos que proliferen los signos de desorden social (embriaguez, bandas juveniles, acoso en las calles, tráfico de drogas...) y de desorden físico (vandalismo, edificios abandonados, acumulación de basura y residuos...) y los mecanismos de control informal se debilitan, el mercado de la vivienda se deteriora y las familias que pueden hacerlo abandonan el barrio para escapar a la estigmatización de una zona atrapada en una espiral de desorden, estamos provocando que el sentimiento de inseguridad ciudadana prospere.

El trabajo realizado en 1990 por W. Skogan para Estados Unidos marcó de forma decisiva el desarrollo de esta línea de investigación. A pesar de todo, el modelo explicativo subyacente puede variar entre los que piensan que la falta de civismo favorece a la delincuencia, los que creen que lo que hace es aumentar la percepción que se tiene de ella⁹ y los que piensan que provoca inseguridad,¹⁰ a menos que la falta de civismo actúe al mismo tiempo sobre el delito y sobre el miedo.

1.3 La responsabilidad de los medios de comunicación

Si la aprensión que se tiene de la delincuencia parece desproporcionada con relación al delito cometido, atribuir la culpa a los medios de comunicación parece bastante evidente. En todos los países hemos visto que los medios de comunicación le dedican mucha atención a la delincuencia y, sobre todo, a aquellos sucesos que son más espectaculares, más espantosos y más violentos. Lo que hacen los medios es dar una imagen dramatizada de la criminalidad, por lo que parece lógico que se les quiera atribuir la responsabilidad de la falta de relación entre el delito y el sentimiento de miedo que suscita.

La delincuencia sirve para alimentar las secciones de sucesos, aporta espectáculo y, de hecho, constituye un buen reclamo para vender periódicos.

Por otro lado, hay personas interesadas en alimentar a la prensa, a la radio y a la televisión con noticias dramáticas y poco tranquilizadoras sobre el crimen: los políticos, que utilizan los sentimientos de inseguridad ciudadana y miedo como argumentos electorales o creen que con esto pueden desviar la atención pública de los problemas sociales más complejos, como por ejemplo el paro; la policía, que los utiliza como argumento para solicitar más recursos, para justificar su presencia e incluso para silenciar las críticas que reciben por su manera de actuar con la población; algunos comités de ética que encuentran en ello argumentos para justificar sus exigencias represivas; los grupos de presión, que los utilizan para desacreditar ciertas minorías calificándolas de amenaza para la sociedad, etc. En resumen, la inseguridad constituye un argumento de venta maleable al servicio de varias causas.¹¹

A pesar del buen fundamento de todas estas afirmaciones relativas a la influencia de los medios, las investigaciones empíricas¹² no aportan más que un discreto apoyo a este argumento. Como de costumbre, en los medios de comunicación es fácil observar el mensaje emitido, pero es más difícil precisar el impacto que puede tener en el público, aunque existe una fuerte tendencia a suponer que el mensaje se recibe tal y como ha sido transmitido. A pesar de todo, si reflexionamos, este argumento no es muy sólido ya que nos lleva a pensar que el mensaje de los medios de comunicación es un mensaje absolutamente unificado, y que el público que lo recibe no es más que una especie de caja receptora.

9. Lagrange et al., 1992.

10. P. ej. Hale et al., 1994.

11. Warr, 2000.

12. Ejemplos interesantes en Winick, 1978 o Lagrange, 1995.

Un reducido número de investigaciones llega a la conclusión de que el mensaje mediático sobre el delito genera sentimiento de inseguridad; algunas, incluso, han tenido que soportar serias críticas sobre los métodos de investigación utilizados que levantan ciertas dudas sobre sus conclusiones, y un buen número de estudios realizados no consiguen demostrar la existencia de una relación directa entre causa y efecto. En el fondo, con relación al problema particular de la inseguridad, seguimos estando frente a la alternativa de siempre: ¿Los medios de comunicación son generadores de opinión o un reflejo de las manifestaciones?¹³

En general, los estudios realizados tienden a negar que los medios sean los únicos responsables del sentimiento de inseguridad ante la delincuencia. Sugieren que un mensaje mediático que sea alarmante para la seguridad ciudadana se percibe como tal si corrobora alguna experiencia personal vivida en este sentido¹⁴ por el que lo recibe o si existe previamente una preocupación ante la seguridad.¹⁵

Si el mensaje cae en terreno abonado, puede alimentar la sensación de inseguridad, sobre todo si el mensaje se repite con insistencia en los medios;¹⁶ no olvidemos que los que tienen más sentimiento de inseguridad son también los que más se alimentan de este tipo de mensajes. Así pues, puede crearse un círculo vicioso: los que tienen una especial sensibilidad frente a los problemas de inseguridad aceptan de buen grado la confirmación que los medios de comunicación les ofrecen al respecto.

En estos casos, el mensaje no sólo alimenta la sensación de inseguridad, sino que, de alguna manera, la está legitimando: ya no se trata de un sentimiento subjetivo, sino que está amparado por la autoridad que le confieren los medios.

Sin embargo, la influencia de los medios de comunicación respecto al sentimiento de inseguridad lo que hace, sobre todo, al proporcionar esquemas cognitivos, es darle forma a este sentimiento, a sus causas (la impotencia de los padres o la laxitud de la justicia), a los recursos que conviene aplicar (tolerancia cero), además de facilitar unas pautas de lectura preestablecidas.¹⁷

Si ha de matizarse la responsabilidad de los medios de comunicación en la aparición del sentimiento de inseguridad, no debemos subestimar, con todo, la enorme influencia que tienen éstos sobre los políticos. Quizá sea esta sensibilidad personal la que lleve a los dirigentes a reabrir periódicamente el debate sobre la responsabilidad de los medios.

Por más fecundas que hayan sido las tres vías de investigación que acabamos de exponer, ninguna de ellas consigue reducir el enigma de la inseguridad ciudadana, legitimando de esta manera el otro gran eje de la investigación sobre inseguridad ciudadana y miedo a la delincuencia. ¿Estamos así designando un objeto social coherente o más bien estas designaciones del debate público no hacen más que encubrir otros fenómenos más complejos?

13. Neumann, 1977.

14. Véase p. ej. Liska, Baccaglioni, 1990.

15. Véase p. ej. Michel, Robert, Soubiran, 1984.

16. En este sentido, p. ej. van Dijk, 1980.

17. Collovald, 1999; 2000.

Uso mediático de las cifras de la delincuencia y del sentimiento de inseguridad

Con motivo de las frecuentes controversias que suscita el uso que hacen los medios de comunicación de los datos sobre la delincuencia y la inseguridad ciudadana, debemos prestarle a este tema una atención especial. El suceso, lo que es espectacularmente nuevo o, al menos, lo que puede presentarse como tal, constituye la materia prima del trabajo periodístico: el mensaje mediático sólo puede llamar la atención si su contenido constituye una novedad. No hay nada extraño pues, en constatar que un suceso, sobre todo si es espectacular, constituye la base misma de los mensajes periodísticos relacionados con la delincuencia y la inseguridad. En este sentido, podemos sospechar que las cifras sobre la delincuencia no ocupan un lugar preponderante o, para ser más exactos, podemos afirmar que esta información no consigue infiltrarse en los medios de comunicación a menos que se constituya en una noticia: «*El ministro del Interior acaba de celebrar una rueda de prensa para hablar del incremento de la delincuencia en un 5%*». La noticia es la rueda de prensa celebrada por una autoridad anunciando que las cosas van mal.¹⁸ Las cifras sólo sirven de decoración y no llaman demasiado nuestra atención. En cualquier caso, esta manera de convertir en acontecimiento la información sobre las cifras de la delincuencia hace que la información esencial, es decir, en este caso, la tendencia al aumento, pase desapercibida. De buenas a primeras, las cifras sobre la delincuencia parecen tener un lugar secundario en los mensajes que emiten los medios de comunicación sobre delincuencia e inseguridad. A pesar de todo, no por eso debemos dedicarles menos atención, y esto por dos razones: en primer lugar, porque las cifras en sí revisten de autoridad: Dominique Kalifa (1994) demostró hasta qué punto la aparición del *Informe general de justicia*, utilizado por la prensa a principios del siglo XX, sirvió para «probar científicamente» la importancia de la amenaza criminal; y en segundo lugar, porque la influencia de las cifras sobre la delincuencia no se debe tanto a las cifras en sí como a las categorías de percepción de la realidad social que transmiten. A este respecto, Collovald (1999, 2000) quiso demostrar que el concepto, actualmente omnipresente, de *violencia urbana* se impuso de manera encubierta a través de una noticia estadística.¹⁹

Esto nos lleva a considerar el problema del lugar que ocupan los medios de comunicación de masas en el debate de la inseguridad ciudadana desde un punto de vista diferente.²⁰ Se considerará el espacio mediático como una especie de escenario social en el que los actores competirán para transmitir mensajes, adaptándose a las reglas del juego y a la precisión que la escena mediática impone a los que quieren participar mostrándose más o menos preparados para esto.

Desde este punto de vista, recurrir a las cifras de la delincuencia tiene un sentido ligeramente diferente: los datos cuantitativos fortalecen de forma considerable el mensaje de los que mueven estas cifras, sobre todo, teniendo en cuenta que los periodistas que se ocupan de la delincuencia y de la inseguridad ciudadana, en general, no están muy capacitados para valorarlas. Raramente se dejan influir por el esfuerzo que realizan sus colegas de la sección de *economía*, que son capaces de desentrañar la gran cantidad de estadísticas que aparecen sobre el paro y consiguen, además, darles un sentido.

En resumen, si las cifras sobre la delincuencia no constituyen el elemento esencial del mensaje sobre la inseguridad ciudadana que transmiten los medios, sí, por el contrario, poseen virtudes propias que hay que tener en cuenta, como son la autoridad que se les confiere, la insinuación encubierta de las categorías adoptadas para medirlas, una idea implícita de los problemas relacionados con la seguridad, así como sus causas y sus soluciones.

18. O, lo que es más difícil, bien —al menos mejor— si consideramos, por ejemplo, la estrategia de comunicación del alcalde Giuliani o del jefe de policía Bratton durante años en Nueva York...

19. A pesar de todo, poco creíble debido a la forma en que se recogieron los datos de base y a causa de la inestabilidad de las unidades de recuento.

20. Schlesinger, 1992; Schlesinger, Tumber, 1994; Molotch, Lester, 1996; Macé, 2002.

2. PREOCUPACIÓN Y MIEDO

Muchos autores han intentado potenciar el miedo a la delincuencia o a la inseguridad ciudadana para hacer aflorar otras categorías más consistentes. Tomemos el ejemplo de Young Rifai, quien, desde 1979, establece las diferencias entre la preocupación general en el ámbito nacional y la preocupación en el ámbito local, la evaluación del riesgo según si éste se da en el propio barrio o en otros barrios, y las probabilidades de sufrir una u otra victimización personal. Pero lo que de verdad ha sido un éxito es la distinción entre miedo y preocupación, planteada desde 1971 por Furstenberg y retomada desde entonces con diferentes nombres²¹ por un importante número de autores.

Tener miedo a la delincuencia por lo que nos pueda pasar a nosotros mismos o a uno de los nuestros es una cosa; considerar que este miedo constituye un grave problema social es otra. Evidentemente, puede tenerse miedo y al mismo tiempo estar preocupado. A pesar de todo, el gran número de casos en que ambos sentimientos aparecen separados²² nos lleva a considerar el análisis de esta distinción: a pesar de que ambos sentimientos pueden coexistir en algunas personas, miedo y preocupación no funcionan según el mismo sistema.

El miedo por lo que pueda pasarnos a nosotros mismos o a uno de los nuestros se manifiesta como una especie de anticipación al riesgo; de aquí que se establezca una buena relación con los indicadores locales de delincuencia —tanto si se trata de estadísticas de la policía²³ como si se trata de cifras de victimización—²⁴ o con la experiencia de victimización. Pero la percepción que se tiene del riesgo se combina, para producir miedo, con la sensación de vulnerabilidad que se tiene. Esta última puede depender de factores físicos —como la edad o el sexo— o de condiciones de vida: según las investigaciones francesas, los que no pueden abandonar zonas urbanas deprimidas por falta de recursos tienen especialmente miedo del tipo de delincuencia del que sólo se podrían sustraer cambiando de domicilio.²⁵

A pesar de todo, la preocupación como sentimiento se presenta de forma menos concreta y parece tener menos relación con la situación personal. La preocupación por la inseguridad se vive más como un problema social que como un riesgo personal; no tiene mucho en cuenta las variaciones del riesgo experimentado o les experiencias de victimización. Parece estar menos relacionada con la vulnerabilidad que se siente ante la delincuencia que con la aprensión que se siente ante

21. C. Louis-Guérin (1984) opone *saillance* (forma destacada) personal y *saillance social*; el informe Figgie de 1980 distingue *concrete fear* y *formless fear*...

22. En una encuesta de victimización y sentimiento de inseguridad realizada en Île-de-France, en enero 2001, los encuestados decían tener miedo y al mismo tiempo estar preocupados (ya sea en su domicilio, ya sea en la calle), más o menos la mitad decían tener sólo miedo y no estar preocupados, el 30% decía estar preocupados y no tener miedo y el 52% ni tenían miedo ni estaban preocupados (Pottier, Robert, Zauberman, 2002).

23. Robert, Pottier, 1997, 736.

24. Pottier, Robert, Zauberman, 2002.

25. Zauberman, Robert, Pottier, 2000; Pereti-Watel, 2000; Roché, 2001; Pottier, Robert, Zauberman, 2002, cpr Herpin, Lagrange, 2005.

los cambios de la sociedad que nos hace menos tolerantes frente a los signos de desorden público.

Hacer estas distinciones nos permite captar mejor por qué la inseguridad se nos presenta, según la forma concreta o abstracta en que se plantee la pregunta, más o menos unida al riesgo ante el delito o a la experiencia de victimización.

También podemos ver que es más fácil medir mediante un único indicador la preocupación que el miedo, ya que éste último se presenta al mismo tiempo de forma local y fragmentada: en una misma población, durante la misma encuesta, a partir de los resultados podemos encontrarnos con perfiles muy diferentes según si la pregunta se refiere al miedo que se siente en la calle, en casa, en los transportes públicos, o incluso, en el que se siente por los hijos.²⁶

98

El hecho de introducir la distinción entre miedo y preocupación nos permite volver a plantearnos el papel que ejercen los medios de comunicación sobre el sentimiento de inseguridad ciudadana. No está claro que los medios de comunicación de masas tengan una gran influencia sobre el aspecto «miedos concretos para nosotros y los nuestros»; sabemos que dependen esencialmente del riesgo más o menos importante frente al que nos encontramos combinado con la sensación de vulnerabilidad física o social que experimentamos. Como mucho, podría admitirse que el mensaje mediático puede, quizá, desdibujar un poco las referencias a la experiencia personal y sustituir, hasta cierto punto, las expansiones más genéricas relativas a la inquietud; pero, lo que sí es cierto es que la situación concreta es la que sigue fomentando el miedo. En cuanto a la preocupación, las cosas son muy diferentes: relativamente insensible a la experiencia personal o al riesgo experimentado, la preocupación aparece más bien unida al sentimiento de inseguridad pero como problema social. Por eso las personas con tendencia a preocuparse encontrarán en las ilustraciones espectaculares de los medios de comunicación una forma fácil de alimentar su desasosiego. Dado que en general su bagaje cultural no es muy consistente, también serán más sensibles a la autoridad legitimadora del discurso mediático.

A pesar de todo, no hay que exagerar la influencia que tienen los medios de comunicación sobre la preocupación frente a la seguridad. Un estudio de Hugues Lagrange (1984) muestra que los indicadores de preocupación respecto a la seguridad se disparan cada vez que los medios de comunicación de masas publican o relatan una noticia espectacular relacionada con la inseguridad (un atentado terrorista, por ejemplo), sobre todo si las víctimas son aleatorias, lo que provoca en el receptor del mensaje un sentimiento de identificación con ellas: «yo también podría haber sido la víctima». No obstante, en general, el indicador se estanca y vuelve, de forma más o menos rápida, a su situación de costumbre. Para interpretar esta observación hay que tener presente que el sentimiento de inseguridad no es blanco o negro, ni existe una barrera entre los seguros y los inseguros. En realidad, pueden observarse diferentes grados de adhesión a la preocupación por la seguridad: algunas personas están obsesionadas, otras muy preocupadas, y otras preo-

26. En este sentido, Pottier, Robert, Zauberman, 2002.

cupadas sin más.²⁷ Un relato dramático en los medios de comunicación conduce a los medianamente preocupados a pasar, al menos durante un tiempo, al grupo de los que se preocupan mucho,²⁸ aunque, en general, esta influencia no acostumbra a durar demasiado: después de un tiempo, los diferentes grados de adhesión a la preocupación por la seguridad vuelven a recuperar su situación habitual.²⁹

Aunque la distinción entre preocupación y miedo sea de origen americano, muchos observadores han puesto de manifiesto que la investigación norteamericana parece interesarse cada vez más por el sentimiento de miedo exclusivamente, en tanto que la investigación europea —aunque menos abundante— está más repartida entre ambas facetas de la inseguridad. La diferencia de terminología entre ambas orillas del Atlántico demuestra claramente la existencia de divergencias en la orientación científica.

3. CONCLUSIONES

En cualquier caso, el interés que suscita la inseguridad o el *fear of crime* se refleja en un profundo cambio por lo que respecta a las maneras de reflexionar sobre la delincuencia. Antes, el interés estaba enfocado en la importancia de la delincuencia y en la manera en que tenía que ser castigada, pero sobre todo, en el delincuente y en el destino que se le debía reservar. Entonces, la cuestión esencial era la siguiente: ¿qué hacer con los reincidentes incorregibles que parecían insensibles a la ley y a la justicia penal? ¿Era posible reinsertarlos, o debían eliminarse? Poner el acento sobre la inseguridad es reforzar la idea de que la delincuencia es un riesgo de masas cuyos efectos nefastos hay que controlar sin dejar de contener los costes de las políticas sociales. La variable principal no es el delincuente sino la manera en que la delincuencia es vivida o sentida por los ciudadanos.

Este cambio de dirección parece ir acompañado por la convicción por parte de los responsables políticos —curiosamente encubierta pero muy arraigada— de que lo esencial de las políticas sociales de seguridad se lleva a término en el registro de lo simbólico, de las declaraciones de intención, del efecto de los comunicados. Quizás haga falta ver en esto ciertos indicios de impotencia. La pretensión de garantizar la seguridad de las personas y de sus bienes constituye ciertamente uno de los pilares de la Nación. A pesar de todo, los miedos concretos dependen de las disposiciones locales en las que intervienen múltiples factores; factores que los responsables de la nación no acaban de comprender plenamente (en cambio, los gobiernos locales utilizan cada vez más la seguridad como argumento para

27. Combinando varios elementos, Robert i Pottier (1997) concluyen que, durante el último cuarto del siglo xx, la inseguridad constituyó la primera preocupación social para una sexta parte de la población francesa, que un tercio de la población se mostró francamente preocupada por la inseguridad y otro tercio estaba preocupada pero moderadamente.

28. Sobre todo si otros problemas sociales, que generalmente se consideran más preocupantes que la inseguridad —por ejemplo, el tema del paro—, parecen disminuir su influencia.

29. Interesante ejemplo analizado en Robert i Pottier, 2004.

atraer a la gente a su ciudad o región). La preocupación por la seguridad puede resultar insaciable: un gobierno puede demostrar que le gusta el orden pero, a pesar de todo, le será muy difícil hacer que el futuro sea más seguro.

Esta coyuntura constituye un estímulo para el desarrollo de la investigación que cuenta con una fuerte exigencia de conocimiento, pero también existe sobre ella una gran presión, como siempre que un tema de investigación sociológica proviene de un punto controvertido del debate público en el que los conceptos usados constituyen por sí mismos los elementos del debate. Los estudios sobre la inseguridad y el *fear of crime* seguirán aumentando a un ritmo trepidante; con todo, la difusión que se haga de ellos dependerá de la capacidad que tengan los científicos para someter a discusión la evidencia y la inmediatez de las observaciones que los comanditarios les sugieran.

BIBLIOGRAFÍA

- BALKIN, S. (1979) «Victimization rates, safety and fear of crime». *Social Problems*, 26-3, 343-357.
- COHEN, S. (1973) *Folk devils and moral panics. The creation of the mods and rockers*. Londres: Paladin.
- COING, H.; MEUNIER, C. (1980) *Insécurité urbaine, une arme pour le pouvoir*. París: Anthropos.
- COLLOVALD, A. (1999) *Violence et délinquance dans la presse. Politisation d'un malaise social et technicisation de son traitement*. París: Rapport pour la Délégation Interministérielle à la Ville.
- COLLOVALD, A. (2000) «Violence et délinquance dans la presse». En: BAILLEAU, F.; GORGEON, C. (dir.), *Prévention et sécurité: vers un nouvel ordre social?*. París: Les éditions de la DIV, 55-68.
- CRAWFORD, A. (ed.) (2002) *Crime and Insecurity. The Governance of Safety in Europe*. Willan Pub, Cullampton & Portland Or.
- DITTON, J.; CHADEE, D.; FARRALL, S.; GILCHRIST, E.; BANNISTER J. (2004) «From imitation to intimidation. A Note on the Curious and Changing Relationship between the Media, Crime and Fear of Crime». *British Journal of Criminology*, 44, 595-610.
- DULONG, R. (1983) *L'autodéfense, enquête sur quelques faits indécidables*. París: Méridiens.
- DUPREZ, D.; HEDLI, M. (1992) *Le mal des banlieues? Sentiment d'insécurité et crise identitaire*. París: L'Harmattan.
- FERRARO, K.F. (1995) *Fear of crime: Interpreting victimization risk*. State U. of New York Press: Albany.
- FIGGIE, H.E. (1980) *The Figgie Report on Fear of Crime: America Afraid*. Research and Forecasts Inc., Willoughby Oh.
- FURSTENBERG, F.F. Jr (1971) «Public reaction to crime in the streets». *American Scholar*, 40, 601-610.
- HALE, C. (1996) Fear of Crime: «A Review of the Literature». *International Review of Victimology*, 4-2, 79-150.

- HALE, C.; PACK, P.; SALKED, J. (1994) «The Structural Determinants of Fear of Crime: An Analysis using Census and Crime Data Survey Data from England and Wales». *International Review of Victimology*, 3-3, 211-233.
- HALL, S.; CRITCHER, C.; JEFFERSON T.; ROBERTS B. (1981) *Policing the crisis: mugging. The state and law and order*. Londres: McMillan.
- LAGRANGE, H. (1984) «Perceptions de la violence et sentiment d'insécurité». *Déviance et Société*, 8, 4, 321-344.
- HERPIN, N.; LAGRANGE, H. (2005) «La victimation de proximité, les précautions et la peur; étude sur la cohésion sociale de voisinage». *Revue économique*, 56, 2, 285-312.
- KALIFA, D. (1994) «Insécurité et opinion publique au début du XIXe siècle». *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, 17, 65-76.
- LAGRANGE, H. (1995) *La civilité à l'épreuve; crime et sentiment d'insécurité*. Paris: PUF.
- LAGRANGE, H.; ROCHÉ, S. (1987-1989) *Baby alone in Babylone: deux perspectives d'analyse du sentiment d'insécurité; système d'attitude et formes de sociabilité en milieu urbain*. Saint Martin d'Hères: CERAT.
- LAGRANGE, R.L.; FERRARO, K.F.; SUPANCIC, M. (1992) «Perceived Risk and Fear of Crime: Role of Social and Physical Incivilities». *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 29-3, 311-334.
- LISKA, A.E.; BACCAGLINI, W. (1990) «Feeling safe by comparíson: Crime in the newspapers». *Social Problems*, 37, 3, 360-374.
- LOUIS-GUÉRIN, C. (1984) «Les réactions sociales du crime: peur et punitivité». *Revue française de sociologie*, 25, 4, 623-635.
- MACÉ, É. (2002) «Le traitement médiatique de la sécurité». En: MUCCHIELLI L., ROBERT Ph. (dir.) *Crime et sécurité. L'état des savoirs*. Paris: La découverte, 33-41.
- MICHEL, B.; ROBERT, C.N.; SOUBIRAN, F. (1984) *Voyage à travers l'insécurité: des discours aux représentations*. Genève: Université de Genève.
- MOLOTCH, H.; LESTER, M. (1996) «Informer: une conduite délibérée de l'usage stratégique des événements». *Réseaux*, 75, 23-42.
- MORIN, E. (1969) *La Rumeur d'Orléans*. Paris: Seuil.
- NEUMANN, N.E. (1977) *Offentlichkeit als Bedrohung, Beiträge zur empirischen Kommunikationsforschung*. Friburgo de Brisgovia: Alber.
- PERETTI-WATEL, P. (2000) «L'inscription du sentiment d'insécurité dans le tissu urbain». *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, 39, 1-22.
- President's Commission on Law Enforcement and Administration of Justice (1967) *The Challenge of Crime in a Free Society*. Washington DC: Publicaciones del Gobierno de los Estados Unidos.
- POTTIER, M.L.; ROBERT, Ph.; ZAUBERMAN, R. (2002) *Victimation et insécurité en Île-de-France; les résultats de la première enquête (2001); rapport final*. Guyancourt: CESDIP, accessible sur le site: www.cesdip.com).
- ROBERT, Ph. (2002) *L'insécurité en France*. La Découverte: Paris.
- ROBERT, Ph.; POTTIER M.L. (1997) «On ne se sent plus en sécurité. Délinquance et insécurité: une enquête sur deux décennies». *Revue française de science politique*, 47-6, 707-740.
- ROBERT, Ph.; POTTIER, M.L. (2004) «Les préoccupations sécuritaires: une mutation?». *Revue française de sociologie*, 45-2, 211-242.

- ROCHÉ, S. (2001) *La délinquance des jeunes: les 13-19 ans racontent leurs délits*. Paris: Seuil.
- SCHLESINGER, P. (1992) «Repenser la sociologie du journalisme. Les stratégies de la source d'information et les limites du média-centrisme». *Réseaux*, 51, 25-35.
- SCHLESINGER, P.; TUMBER, H. (1994) *Reporting Crime. The Media Politics of Criminal Justice*. Oxford: Clarendon Press.
- SKOGAN, W. *Disorder and decline: Crime and the spiral of decay in American Neighborhoods*. Nueva York: Free Press.
- STAFFORD, M.; GALLE, O.R. (1984) «Victimization rates, exposure to risk and fear of crime». *Criminology*, 22, 173-185.
- VAN DIJK, J.J.M. (1980) «L'influence des médias sur l'opinion publique relative à la criminalité: un phénomène exceptionnel». *Déviance & Société*, 4, 2, 107-129.
- WARR, M. (2000) «Fear of Crime in the United States. Avenues for Research and Policy. En: RENO J. & al. *Measurement and Analysis of Crime and Justice*. Washington DC: Departamento de Justicia del Gobierno de los Estados Unidos. 4, 452-489.
- WILSON, J.Q., KELLING, G.L. (1982) «Broken windows». *Atlantic Monthly*, 249, 29-38.
- WINICK, Ch. (ed.) (1978) *Deviance and the Mass Media*. Londres: Sage.
- YOUNG RIFAI, H.A. (1982) «Methods of Measuring the Impact of Criminal Victimization through Victimization Surveys. En: SCHNEIDER H.J. Ed., *The Victims in International Perspective*. Berlín-Nueva York: De Gruyter, 189-202.
- ZAUBERMAN, R.; ROBERT, Ph.; POTTIER, M.L. (2000) «Risque de proximité ou risque lié au style de vie; enquêtes et évaluation de la sécurité urbaine». *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, 42, 193-220.